

Domingo 31 de mayo de 1998
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Jn 20,19-23

Recibid el Espíritu Santo

La solemnidad de Pentecostés celebra aquel acontecimiento, ocurrido cincuenta días después de la resurrección del Señor, en que vino el Espíritu Santo sobre la Iglesia y le infundió el dinamismo necesario para realizar su misión salvífica. Esta celebración adquiere particular relieve este año 1998, porque todo el año ha sido dedicado por el Santo Padre a esta Persona divina y a cobrar más clara conciencia de su acción en la almas de los fieles.

El Evangelio de este domingo está tomado de Juan y nos presenta el relato que hace este evangelista del momento en que Jesús entrega el Espíritu a sus discípulos. Ocurrió la misma tarde de la resurrección, cuando Jesús se aparece en medio de sus discípulos a puertas cerradas. Después de saludarlos, les dice: "Como el Padre me envió a mí, también yo os envío a vosotros". Tenemos aquí la expresión de la misión universal de salvación. Toda la iniciativa es del Padre, que envía a su Hijo Jesucristo; es cumplida fielmente por él, y debe ser continuada en todas las latitudes y hasta el fin de los tiempos por la Iglesia.

Jesús cumplió fielmente su parte. Por eso en la última cena, antes de padecer dice: "Padre, yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar" (Jn 17,4), y su última palabra antes de morir en la cruz es esta: "Está cumplido" (Jn 19,30). Jesús realizó su misión con la asistencia del Espíritu Santo. En efecto, la señal dada a Juan Bautista para que pudiera reconocer a Cristo entre los hombres es esta: "Aquel sobre quien veas que baja el Espíritu Santo y se queda sobre él, ése es el que bautiza con Espíritu Santo", y Juan da testimonio de Jesús diciendo: "He visto el Espíritu que bajaba del cielo como una paloma y se quedaba sobre él" (Jn 1,33.32).

Cuando leemos que Jesús envía a los apóstoles a continuar la misma misión suya de salvación, que tiene su origen en el Padre, nos preguntamos: ¿Cómo podrán hacer esto unos simples hombres? Si la salvación, en cuanto procede de Dios, es algo sobrenatural, ¿en qué forma pueden transmitirla los apóstoles que están ellos mismos necesitados de salvación? La respuesta la encontramos en los versículos siguientes: "Dicho esto (a saber, el envío), Jesús sopló sobre ellos y les dijo: 'Recibid el Espíritu Santo'". Ahora comprendemos cómo es posible que los apóstoles puedan asumir la misión de salvación en favor de todos los hombres. Es que fueron capacitados por el Espíritu Santo. La obra es infinitamente superior a las fuerzas humanas; pero el Espíritu Santo los hace aptos para ella. Por eso podemos decir con certeza que la salvación es obra de Dios; Él mismo la realiza, pero lo hace por medio de hombres elegidos a quie-

nes llena del don de su Espíritu. En este gesto de Jesús de soplar y entregar el Espíritu se realiza eso que había anunciado Juan Bautista: "Él es el que bautiza con Espíritu Santo".

Este episodio, con el llamativo gesto de Jesús de soplar sobre los apóstoles, se entiende como un anuncio escenificado de lo que ocurrirá cincuenta días después, cuando vino efectivamente el Espíritu Santo sobre los apóstoles reunidos con María en el cenáculo. Es siempre impresionante escuchar el relato: "De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos, y quedaron todos llenos del Espíritu Santo" (Hech 2,2-3). Este hecho es el que celebramos hoy. Su sentido quedó aclarado por aquellas palabras de Jesús: "Como el Padre me envió, así os envío yo... Recibid el Espíritu Santo". Los apóstoles recibieron el Espíritu Santo para que pudieran realizar la misión a la cual los envió Jesús, que es la misma que él recibió del Padre. La misión es la misma, porque en adelante también se podrá decir de los apóstoles lo que dice Juan Bautista de Jesús: "He visto el Espíritu que bajaba del cielo y se posaba sobre cada uno de ellos como una lengua de fuego". Por eso, también de ellos se puede decir con verdad: "Ellos son los que bautizan con el Espíritu Santo". De esta manera prolongan la misión universal de salvación.

Por eso, inmediatamente después de recibir el Espíritu Santo, esa misma mañana, los apóstoles salieron del cenáculo y comenzaron a predicar abiertamente. Pedro toma la palabra y dice: "Israelitas, escuchad estas palabras: A Jesús el Nazareno... a quien vosotros matasteis clavándolo en la cruz... Dios lo resucitó... de lo cual todos nosotros somos testigos" (cf. Hech 2,22-32). Ante la reacción de los oyentes: "¿Qué hemos de hacer hermanos?", Pedro responde: "Convertíos y que cada uno se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo" (Hech 2,38). Vemos que los apóstoles han recibido el poder de perdonar los pecados y de bautizar con el Espíritu Santo. Jesús bautizó con el Espíritu Santo enviándolo sobre los apóstoles; los apóstoles bautizaron con el Espíritu Santo comunicándolo a todos los que se convierten y se hacen bautizar. El relato del día de Pentecostés concluye con esta noticia: "Los que acogieron su Palabra (de Pedro) fueron bautizados. Aquel día se les unieron unas tres mil personas" (Hech 2,41).

En este día pedimos que el Espíritu Santo venga al corazón de cada uno de nosotros para que, igual que a los apóstoles, nos conceda ser testigos convencidos y valientes de Cristo ante nuestros hermanos, con la propia vida y con la palabra.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez

Obispo Auxiliar de Concepción